

CARLOS ASTRADA  
(1894-1970)

ROBERTO MORA MARTÍNEZ

Carlos Astrada nació en la provincia de Córdoba, Argentina, el 26 de febrero de 1894 y murió en Buenos Aires el 23 de diciembre de 1970.

En 1918 editó su primer ensayo intitulado "La noluntad de Obermann" y en ese mismo año participó activamente en la Reforma Universitaria. Estudió en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, posteriormente en la Facultad de Filosofía y Letras. Con su ensayo: "El problema epistemológico en la filosofía actual" obtuvo una beca para perfeccionamiento de estudios en Europa. Durante su estancia en ese continente conoció a Max Scheler, Nicolai Hartmann, Edmund Husserl y Martín Heidegger. Ya de regreso en la Argentina, en 1940, recibió el Premio Nacional de Filosofía por su libro: *La ética formal y los valores*.

A Carlos Astrada se le ha considerado el verdadero introductor del vitalismo nitzscheano, del historicismo de Dilthey, de la fenomenología de Husserl, pero, sobre todo, de la ontología heideggeriana. Debido a su amplia formación, entre sus textos se pueden encontrar obras de análisis literario, antipositivistas, nacionalistas, existencialistas y marxistas.

De entre la amplia gama de ideas expuestas por Astrada, interesa destacar aquellas cuyos referentes son Argentina y nuestra América. El trabajo intitulado: *El mito gaucho* (1948) es un punto de partida ineludible para quien estudie la vocación nuestroamericanista de Astrada. En este ensayo el autor emplea el poema épico de José Hernández *Martín Fierro* (1875) como representativo de la argentinidad, de un *epos* que acrisola los orígenes heroicos de la nacionalidad, de su estirpe criolla. En este punto hay que detenerse para remarcar el origen criollo de la argentinidad. Esto es relevante ya que, como se verá más adelante, Astrada tenía una concepción muy precisa del

indígena. Así, diferenciando al gaucho del indígena señaló: "sus contenidos anímicos, bien originales, difieren de los de la existencia primitiva; no tiene, como el alma del primitivo, relaciones reguladas por fuerzas demoníacas con la naturaleza, sino que su vivencia de ésta se resuelve en una entrega a su poder" (Astrada 1994: 41). Es importante destacar el uso de la palabra primitivo, pues al leerla junto con las supuestas "relaciones reguladas por fuerzas demoníacas", se entiende que el indígena vive una relación maligna o negativa con la naturaleza. Esas ideas, se transformarán a lo largo de la vida del autor, sobre todo en la segunda edición.

Lo primero es conocer lo que el autor entendía por mito: "el conjunto o totalidad de supuestos y enunciados anímicos y emocionales de nuestra comunidad humana, relativos a su finalidad implícita que ella tiende a alcanzar como auto-comprensión histórica de su ser y de sus efectivas virtualidades" (*ibidem* 49). En ese sentido los supuestos anímicos y emocionales se hacen realidad en la imagen del gaucho.

En el transitar por la vida de Fierro se encuentra el arquetipo humano, el estilo germinal de vida, las fuentes de la argentinidad, cuya personalidad se ha desarrollado mediante la relación de éste con las fuerzas de la naturaleza y en combinación con el carácter e influjo moral de la comunidad con la que se habita. Es la pampa el "paisaje" donde habita el gaucho, cuya extensión y monotonía, sin accidentes geográficos, influyen en quien la habita, volviéndolo un ser de lejanía, melancólico y reflexivo. Este ser humano tiene un estilo de vida, la del "gaucho", el cual se caracteriza por vivir en comunión con la naturaleza (cielo, tierra, mar y noche de silencio originario) que, en opinión de Astrada, constituye la cosmogonía gaucha. También convive con su misma comunidad humana, esto es, la cosmovisión política que para el autor presenta una doble cara: la primera caracterizada por los vicios y corruptelas que desvirtuaron las instituciones, que forzaron al gaucho a vivir en un ambiente de factoría, cuyas necesidades

respondían a intereses externos que utilizaron como instrumento los servicios de la clase dirigente; la segunda es la del hombre libre, autónomo, tanto en lo personal como en lo político, ser humano que según Astrada no desapareció, sino que se metamorfoseó, adaptándose al nuevo clima histórico. Por lo cual Astrada opinó que los argentinos actuales, al llevar a cabo un proceso de introspección, podían ver en su interior al gaucho.

Para Astrada el espíritu del gaucho se había manifestado: “en un día de octubre de la época contemporánea —bajo una plúmbea dictadura castrense—, día luminoso [en el que] aparecieron en escena [...] los hijos de Martín Fierro. Venían desde el fondo de la pampa, decididos a reclamar y a tomar lo suyo. La herencia de justicia y libertad legada por sus mayores” (*ibidem* 107).

El día al que hizo referencia Astrada es el 17 de octubre de 1945, el cual posteriormente fue llamado por los peronistas como el “día de la Lealtad”, en conmemoración de la gran manifestación de obreros que habitaban en las afueras de la ciudad de Buenos Aires y se concentraron para protestar en contra de la detención de Juan Domingo Perón —quien debido al apoyo popular ese mismo día quedó libre, dirigiéndose a la Plaza de Mayo para pronunciar, lo que en opinión de varios especialistas, fue uno de los discursos más eficaces de su carrera—. Así, históricamente, la primera edición de *El mito gaucho* se ha caracterizado por su apoyo al peronismo, apoyo que rectificó en la segunda edición. En los años que transcurrieron entre ambas, Astrada desarrolló otras ideas, las cuales abarcaron al conjunto de las peculiares prácticas culturales de nuestra América.

Un aspecto importante para destacar es que el mito gaucho expresa un estilo biológico y anímico. En ese sentido, Astrada está refiriendo una idea en la cual los seres humanos que nacen en la Argentina experimentan en su existencia la convivencia con las mismas fuerzas telúricas que los gauchos. Este supuesto

es el que le permite al autor continuar y profundizar sus reflexiones, por lo cual en posteriores escritos se complementan las ideas expuestas en el mito gaucho.

Posteriormente en el artículo "Mito, tiempo e historicidad" (1953) reflexiona acerca del quehacer de la filosofía en suelo americano y llega a la conclusión de que ésta se había constituido como una actividad que se encontraba enraizada en nuestra existencia. En su opinión, filosofar consiste en remozar el viejo tronco grecolatino, pero en el área que la historia y la geografía les habían asignado para su expansión. De tal modo, no es deseable sustraerse a la universalidad humana; por el contrario, es un deber colaborar con ella empero, sin caer, como algunas generaciones jóvenes, en la deserción, ya que se hicieron inquilinos de formas culturales ajenas, lo cual condujo a una consiguiente frustración.

En el prólogo escrito en 1960 para su obra *Tierra y Figura* (1963), la cual se constituyó como una recopilación de trabajos anteriores en los que abordó las características telúricas que las conformaciones individuales y colectivas de los pueblos indígenas legaron a las posteriores congregaciones sociales que habitan en el mismo suelo en el que ellos vivieron. Por otra parte, es notorio, un cambio de postura política, debido a los sucesos históricos que concluyeron con el segundo mandato de Perón, los cuales se toman en cuenta en la segunda edición de *El mito gaucho*. En este punto debe advertirse que el mundo indígena ya juega un papel de importancia. Con esta base, el autor dejó asentado que dichas configuraciones emergieron de su *humus* (tierra) y aunque algunas ya habían desaparecido, dejaron la impronta de su paso. De éstas, es posible encontrar sobrevivencias. En ese sentido señaló: "las culturas precolombinas y la cultura americana actual están determinadas por la tierra y no por el espíritu como supuesto principio extravital, extratelúrico" (1963: 14). En opinión de Astrada, el espíritu, como lo signaba Hegel, no operó nada en suelo americano. Para el autor fue un error suponer, como lo hizo Hegel, que

las culturas "aborígenes de Amerindia se extinguieron totalmente cuando, con la Conquista apareció —verdadero intruso— el Espíritu, con mayúscula, como sedicente (occidental) personaje protagónico" (*ibidem* 14).

En 1964 Astrada publicó la segunda edición de *El mito gaucho*. Para esos años, el autor ya había experimentado el fuerte impulso del peronismo, la participación del Estado en la regulación y dirección de la economía —como su apoyo a los sectores populares, sobre todo con aquellos no sindicalizados—, el avance de la industrialización debido a la segunda guerra mundial; pero también la recuperación de las economías europeas, debido al Plan Marshall de los Estados Unidos (1948), el movimiento huelguista de los azucareros (1949), de los bancarios, los gráficos y los ferroviarios (1950-1951), y debido al malestar económico que reinaba en la nación, la sublevación en Córdoba el 16 de septiembre de 1955 del general Eduardo Lonardi, movimiento llamado "Revolución Libertadora", que obligó a Perón a refugiarse en la Embajada de Paraguay, para de allí viajar a otras partes del mundo. Astrada consideró esos sucesos en una introducción que añadió al ensayo, en el cual refiere que hacía más de treinta años que había comenzado a reflexionar y 16 de la primera edición, por lo que ya había pasado bastante agua por debajo de los puentes. Por ese motivo creyó necesario aclarar el sentido de lo histórico, que para él significaba traer a pulsación las fases de un decurso pasado para determinar la dirección de las mutaciones del presente y su nexa, auténtico o no, con tales fases, en relación con un futuro por construir. Con esta base, Astrada tuvo a bien revisar las líneas de apoyo al peronismo de la primera edición:

Pasado cierto tiempo, una década escasa, se comprobó, empero, que el segundo óbito del Viejo Vizcacha fue, tras un simple letargo, sólo aparente, y que el pueblo —el proletariado—

engañado, carente de conciencia de clase, había sido víctima de un ominoso paternalismo, el cual le impidió adquirir una ideología orientadora. Fue fraudulentamente “enfervorizado” por un seudo jefe, con aparatosidad de revolucionario, el que, ante la primera amenaza, por sugestión de la oligarquía castrense y por propia cobardía, huyó al extranjero (1964: 118-119).

Finalmente, con respecto de Perón, señaló que “todo lo que quedó para consuelo de desmentalizados, como caldo de cultivo de la olla de grillos de ese partido, es la ‘doctrina’ impar: [...] el justicialismo: menos pobres y más ricos. El caso, según Astrada es que ningún jefe que haya huido puede ser líder.

Sin embargo, Astrada aclaró otros temas que habían causado polémica —aunque es justo mencionar que no cita a autores que lo hayan criticado directamente a él—. Respecto de los indígenas, a quienes había llamado primitivos escribe: “estos aborígenes organizados tribalmente, se encontraban en una etapa de su evolución anterior al estadio medio de la barbarie (primitividad) hacia la civilización; su forma de vida era la del comunismo primitivo” (1963: 14). Y cuando se cuestionaba la imagen del indígena en el *Martín Fierro*, Astrada señalaba que Hernández se había preocupado por representar la manera cómo se veía y trataba al indio. Por lo tanto, no había ningún intento de ocultar la realidad. En este sentido, precisamente en el *epos* pampeano, se representaba el mito, el origen y desarrollo de la argentinidad: el gaucho. Por lo cual también juzgó necesario señalar que no sólo éste representaba la unión de indígenas e hispanos —con base en Daireaux, quien en 1888 había escrito que en la época de la conquista también habían llegado moros, creándose un tipo de humanidad hija de la llanura—. Además, apoyándose en el historiador, la invasión de los árabes a España introdujo la palabra “chaucho”, que en

aquella época todavía designaba al conductor de ovejas, por lo cual "al vocablo los criollos lo trocaron en gaucho en las provincias del Plata" (*ibidem* 38). En ese sentido, Astrada puntualiza que el gaucho fue y es un pueblo, así como el argentino lo es, de ese modo consideró que es en el primero en el cual radica el origen de la argentinidad.

En otro artículo, intitulado "Autonomía y universalismo de la cultura latinoamericana" (1967), abordó lo importante que es para los países de nuestra América proclamar una toma de posición consciente y lúcida con respecto del destino y a la participación en la tarea común de la humanidad, de acuerdo con el carácter y la cultura a la que pertenecemos.

Para ejemplificar las características de la cultura de nuestra América, Astrada refiere a las formas de vida creadas por los pueblos amerindios. Señaló que, con base en los trabajos de antropólogos y etnólogos, esos pueblos "tenían como sustentáculo una concepción cosmogónica cíclica y otra implícita de carácter ontológico". En su opinión, en el *Chilam Balam*, pero sobre todo en el *Popol Vuh* se encuentra el logos cosmológico y teológico de una de las culturas amerindias (la maya), el cual fue quebrantado con la conquista, empero no extinguido, pues en su opinión: "de su desarticulada y rota armazón brota un poderoso aliento telúrico que envuelve todas las manifestaciones culturales y artísticas de Latinoamérica" (1967: 20).

La concepción mítica de los indígenas de América se fundamentaba en la noción del movimiento cíclico, de la repetición y el retorno. Como un ejemplo de esa concepción en seres humanos que no se pueden considerar indígenas, el autor cita el *Martín Fierro*: " 'el tiempo es una rueda —y rueda es eternidá; y también que 'el tiempo sólo es tardanza— de lo que está por venir' " (1967: 21).

Con esta base, es posible señalar que la filosofía, según la concebía nuestro autor, necesitaba de la historia, la literatura y de otros saberes para su desarrollo:

Estamos seguros de que cuando la filosofía interprete y esclarezca en su recóndito sentido los nuevos datos que la arqueología, la antropología y etnología irán aportando se podrán lograr referencias más claras y concluyentes sobre la entrañada índole de estas culturas. Esto nos permitirá valorarles en sus verdaderas dimensiones e incorporar sistemáticamente sus notas más definidas al acervo peculiar de la cultura de Latinoamérica, lo cual le dará lugar propio,[y] autónomo en el ámbito ecuménico de las culturas (1967: 22).

Es oportuno señalar que en el anterior párrafo es fácil encontrar las características de la interdisciplinaria nuestroamericanista, que bien podían ser confirmadas leyendo a autores como José Gaos, Arturo A. Roig, Leopoldo Zea, entre otros. En opinión de Astrada, es en la literatura en la cual es posible encontrar lo mejor del aporte vernacular. En ese sentido, los principales hitos que según el autor han conformado la cultura nuestroamericana se encuentran en el aluvión inmigratorio que a pesar de ser dominante en un principio, lenta e inexorablemente es absorbido por el estrato originario de las culturas autóctonas amerindias.

Respecto de las etapas históricas de nuestra América, Astrada indica que en éstas han predominado doctrinas filosóficas, las cuales han proporcionado uno de los fundamentos que, en combinación con las diversas sociedades y el territorio, han creado las nuevas expresiones culturales. Es cierto que se puede no estar de acuerdo con la división que formula el autor, empero es importante destacar que esas ideas formaron parte de su legado en torno a nuestra América. Por ejemplo, en el Virreinato predominó el scotismo con su ruda y radical afirmación voluntarista que plasmó en las actitudes de los primeros conquistadores. Posteriormente penetró la escolástica tomista, mientras que en la emancipación ya fue la filosofía de la enciclopedia la que desarrolló y dio lugar a las revoluciones

de independencia. A los aportes de la cultura gala del siglo xix con el positivismo, le seguirán el influjo de diferentes concepciones filosóficas y sociológicas, entre las cuales, en el siglo xx fue la marxista la más importante, entre otras. Promovió su difusión, por una parte, debido a las condiciones sociales y económicas y, por otra, a la afinidad de su doctrina con "el carácter de las comunidades primitivas de la *gens* americana y asimismo con el sistema de organización comunista [...] del incario y las proliferaciones de su civilización hacia el norte y el sur" (1967: 26).

Finalmente, Astrada señaló que la cultura latinoamericana estaba viviendo un momento fecundo, cuya apertura a otras expresiones y programas de vida de otros ámbitos étnicos posibilitaría la colaboración en la historia universal.

BIBLIOGRAFÍA

- Astrada, Carlos, 1952-1953, "Mito, tiempo e historicidad", *Cuadernos de Filosofía* (Universidad de Buenos Aires), núms. 10-12, tomos 5-6.
- , 1961, "Mística y reforma en el siglo de oro español", *Logos* (Buenos Aires), núm. 9, tomo 6.
- , 1963, *Tierra y Figura*, Argentina, Ameghino.
- , 1964, *El mito gaucho*, 2a. ed., Buenos Aires, Cruz del Sur.
- , 1967, "Autonomía y universalismo de la cultura latinoamericana", *Kairós. Revista de cultura y crítica estética* (Buenos Aires), año 1; (noviembre).
- , *et al.* 1968, "La generación de 1837. Praxis e instrumentalidad en el pensamiento de Echeverría y la joven generación argentina", en *Claves de historia argentina*, Argentina, Merlín, Nuestros ayeres.
- , 1994, *El mito gaucho*, Buenos Aires, Secretaría de la Nación/Catari (*Identidad nacional*, núm. 12).